

### **La 4T, los cárteles, los generales y Trump**

- Aunque haya una viva confrontación en México, no hay inestabilidad social

En nuestro país "no hay la más mínima oportunidad para los Huertas, los Francos, Los Hitler o los Pinochet" ¿Por qué el Presidente decidió referirse así a algo que México no ha experimentado en más de un siglo?

Un golpe de Estado es el derrocamiento repentino y violento de un gobierno por el ejército. Es producto de una gran inestabilidad social e incertidumbre política y generalmente es promovido por fuerzas de derecha que buscan reimponer por la fuerza un orden que les fue favorable.

En México, aunque se experimenta una viva confrontación entre las derechas y el gobierno, no hay inestabilidad social y esas derechas tienen todas las oportunidades para operar en el marco institucional. Por tanto, la advertencia presidencial sólo se entiende por la concatenación de varios eventos recientes: los actos de gran violencia como los ocurridos en Minatitlán o Aguililla y, sobre todo, la espectacular toma de Culiacán del 17 de octubre por varios cientos de sicarios muy bien armados del Cartel de Sinaloa para rescatar de manos de las fuerzas federales a Ovidio Guzmán, hijo del capo mexicano más conocido: "El Chapo".

En este entorno y ambiente de desafío al Estado, el 3 de octubre el general Homero Mendoza, jefe del Estado Mayor del ejército, en una reunión entre funcionarios mexicanos y norteamericanos, advirtió que su institución sufría "un proceso de desgaste muy fuerte" por un aumento en la cantidad y calidad de sus tareas. Luego, el 30 de octubre, La Jornada publicó fragmentos de un inusual discurso pronunciado una semana antes, en la Sedena y en presencia del general secretario, por el general de división en retiro Carlos Gaytán Ochoa. En esa reunión, el general Gaytán, que fuera alto mando en los gobiernos de Calderón y Peña Nieto, caracterizó de manera muy negativa la política del jefe nato del ejército: el presidente de la república. Los otros generales asistentes aplaudieron sus palabras y no se informó de... donde afirmó que había molestia y decepción en el ejército por el fallido operativo de Culiacán, donde la decisión de liberar a Ovidio había tenido el respaldo del presidente para evitar un mayor daño a la población civil.

Todo lo anterior conformó una coyuntura muy complicada para la Cuarta Transformación (4T) encabezada por Andrés Manuel López Obrador y que, sostenida por un triunfo electoral incontestable, pretende llegar a ser el equivalente de una "revolución pacífica". Y es que la meta de esa 4T es ambiciosa: rehacer por la vía pacífica, un arreglo social y político contrahecho y corrupto, que por décadas funcionó en beneficio de una minoría que sin ningún pudor concentró riqueza y privilegios a pasto. Naturalmente, este intento ha afectado —y seguirá afectando— multitud de intereses económicos y de la alta burocracia del pasado. En este contexto, es inevitable el choque entre lo que hasta ayer fue y lo que hoy busca ser.

Es una confrontación abierta pero que se ha llevado y debe seguir llevándose dentro de la legalidad. Por tanto, meter al ejército como actor en esta pugna y contexto, es afectar una institucionalidad ya de por sí muy dañada. Las declaraciones del presidente deben tomarse como un llamado a no avanzar por un camino que no puede conducir a ningún desenlace positivo, ni siquiera para el ejército o la derecha.

Y a esta situación ya suficientemente complicada, se ha añadido el brutal ataque del crimen organizado en Bavispe, Sonora, a un grupo de mujeres y niños mormones con doble nacionalidad. Eso metió de lleno al “factor norteamericano” en la coyuntura, y lo metió no para poner fin al contrabando de armas sino para insistir en continuar la fallida “guerra contra el narco”.

Hoy, el reto del crimen organizado a la 4T y a un Estado mexicano muy débil es mayúsculo, y requiere una respuesta múltiple, rápida y bien llevada, para arrancar a ese crimen sus bases sociales, dismantelar su red financiera y hacer un uso inteligente pero decidido de la fuerza legítima. En esta coyuntura, todos, incluidos los militares, debemos considerar lo que implicaría empujar las diferencias políticas a sus límites.

**COLUMNA DE SALVADOR GARCIA SOTO. Noviembre 11 del 2019**

### **La caída de Evo y el eje socialista latinoamericano**

La efervescencia política de las últimas semanas en Sudamérica cobró ayer su primera víctima: Evo Morales, el presidente de Bolivia que intentó forzar su cuarta reelección en los comicios presidenciales del pasado 20 de octubre, con un triunfo que fue denunciado como “fraude escandaloso” por sus opositores, dimitió, en medio de agitadas protestas populares y después de que la policía nacional se le rebeló y que los altos mandos del Ejército boliviano le sugirieran públicamente “renunciar a su mandato presidencial permitiendo la pacificación y el mantenimiento de la estabilidad”.

La caída de Morales, que llevaba ya 14 años en el cargo y buscaba reelegirse por otros seis años hasta 2025, significa un revés para el llamado “Eje Socialista” latinoamericano. Lo que no ha podido hacer Estados Unidos en Venezuela, con el intento de derrocar a Nicolás Maduro, ni pudieron hacerlo los campesinos sublevados en Ecuador contra Lenin Moreno, ni los jóvenes chilenos que se han levantado en contra del gobierno de Sebastián Peñera, lo hizo la oposición boliviana en tres semanas de protestas y revueltas apoyadas por la derecha y que lograron primero de la policía y después la presión del Ejército que fue decisiva para que Evo decidiera dimitir.

Paradójicamente la caída de Evo se produce 10 días después de la victoria del peronista Alberto Fernández en Argentina y apenas 48 horas después de que el expresidente brasileño Luis Inacio Lula Da Silva fuera liberado de una prisión en Curitiba, dos hechos que, junto con la visita a México del argentino Fernández y su reunión con el presidente Andrés Manuel López Obrador, fueran interpretados como

un fortalecimiento de un nuevo “Eje Socialista” en la región latinoamericana, algo que en Washington no sólo ven con recelo sino con molestia y preocupación.

Y como en este intento de realineamiento de la izquierda continental México está jugando un papel clave incluso de liderazgo y su política exterior está orientada a la promoción y solidaridad con los gobiernos izquierdistas en la región, ayer el gobierno mexicano también recibió como una “afrenta” la dimisión de Evo Morales. El canciller Marcelo Ebrard había intervenido durante el fin de semana apoyando la convocatoria a nuevas elecciones que había hecho el gobierno de Evo y que el presidente López Obrador había calificado como “un triunfo de la democracia” pronunciándose contra “acciones autoritarias” en un video que difundió desde Bacalar, Quintana Roo.

Pero después de que el Ejército se pronunció sugiriendo la renuncia a Evo Morales, las gestiones mexicanas para convocar a nuevas elecciones fracasaron totalmente. Por la noche, el gobierno de México rechazó el golpe de Estado y ofreció asilo al depuesto presidente que intentó salir de su país en un avión oficial, pero no pudo hacerlo porque varios países vecinos le negaron el permiso para sobrevolar su espacio aéreo. El canciller Ebrard decía que México está dispuesto a recibir en calidad de asilado a Evo y confirmaba que 20 ex colaboradores cercanos del mandatario boliviano ya dormían anoche en la embajada mexicana en La Paz en calidad de refugiados políticos.

El propio López Obrador se pronunció ayer por la noche y reconoció como “un acto responsable” la decisión de Evo de dimitir a la presidencia para evitar exponer a su pueblo a la violencia. El presidente dijo que hoy su gobierno fijará una postura más amplia sobre el tema, pero de entrada anoche el ánimo en la administración lopezobradorista era de total respaldo al caído presidente y de rechazo a las presiones militares que recibió para que dimitiera.

Veremos en qué termina el caso boliviano y cómo impacta a los esfuerzos por impulsar una nueva alineación de países latinoamericanos, a la que el presidente argentino Alberto Fernández desde México “el nuevo eje progresista” que pidió construir “de norte a sur, no para molestar a nadie sino para lograr la igualdad social en la región”. Y está claro que el gobierno del presidente López Obrador quiere liderar ese nuevo eje que sí molesta a Estados Unidos y que ayer sufrió un duro revés con el primer presidente indígena de Bolivia que intentó su cuarta reelección y terminó siendo obligado a dimitir.